

## LOS PERIODISTAS EXTRANJEROS EN MEXICO.

---

Nos hemos acostumbrado al turismo periodístico, más singular y exótico en su literatura que en la indumentaria de sus letrados viajeros.

El periodista americano llega a nuestro país con un esqueleto, con una especie de armazón metálico donde va encasillando, una a una, las respuestas de un interrogatorio inflexible, duro, axiomático, generalmente inspirado por tendencias económicas, casi siempre buscando una riqueza escondida que pueda explotarse por los hombres de su país, o una mentira muy gorda, muy inflada, que pueda publicarse a siete columnas de una edición extraordinaria; es silencioso, hosco, melancólico.

El periodista francés que suele llegarnos, viene siempre a sueldo de empresas comerciales o mineras, es representante de ciertos sindicatos, y con un espíritu de judío, analiza y estudia a

nuestro país con mayor superficialidad y trivialidad más grande que corresponsal de ningún otro país. Para el periodista europeo, México es un "pays d'affaire"; no le causó asombro, en épocas de Huerta, el asesinato de diputados y senadores, pero se indignaba por las faltas de garantías del comercio en un país donde la plebe, enfurecida, rompía los cristales de aparadores de casas francesas. El criterio europeo para juzgar la política mexicana, es singular; para ellos, México es un territorio en el cual los extraños pueden realizar todo género de explotaciones sin considerar las leyes del país, las costumbres y los habitantes.

Cuando conocimos al periodista Manuel Fernández Cabrera, redactor de "El Heraldo de Cuba", juzgamos interesante observarlo de cerca, y en la mezcla que ha producido al cubano del día, separar lo español de lo yanqui para encontrar al antillano.

Buena figura, finas maneras, ojos negros grandes y vivos, brillante y fácil palabra, movilidad inquietante; imaginación calenturienta, verbo ampuloso, descriptor audaz y pintoresco.

Fernández Cabrera nos acompaña a los campamentos militares y habla con "otomíes y yaquis"; asiste a nuestras fiestas sociales y baila con elegancia; declama alocuciones y hace fácil y fina ironía.

Recorro las páginas de "Mi viaje a México" y, pudiendo rectificar éste o aquél concepto, des-

mentir aquel otro, ampliar muchos, me abstengo respetuoso de la propia visión del escritor, que transmite a sus lectores impresiones muy personales.

Tienen con nosotros, los cubanos, la afinidad de origen y la similitud de cultura entre hispana y francesa; el viejo prejuicio, el arcaico molde, la unción mística de Castilla enmarcando la combustión de rebeliones que, como roja pira, ha venido iluminando nuestro progreso intelectual, asociando las exaltaciones líricas de la revolución y las doctrinas positivas de la filosofía contemporánea.

El libro de Fernández Cabrera es pintoresco allí donde no es exacto; pero es ameno en todas partes, y en el mar borrascoso de figuras literarias audaces y bellas, tiene expresiones precisas y admirables: "La revolución es, sí, otra cosa y es algo más que don Venustiano; es otra cosa y es algo más que cualquier hombre, alcance a donde alcance su excelcitud; pero don Venustiano es el hombre de la Revolución."

El libro de Fernández Cabrera está escrito con el abigarramiento de un traje de Arlequín, unidos, trozo a trozo, fragmentos de impresiones distintas y emociones inconexas; un libro que no es crítico, porque es descriptivo, y que no es humorístico, porque es serio, y que no es superficial, porque es meditativo, y que no es profundo porque está hecho al correr del lápiz, con la vertiginosidad de una locomotora,

en el estribo de un tren, en la plataforma de un carro militar, en el descanso de una jornada o sobre el lomo de un asno reposado y filosófico.

Fernández Cabrera, acostumbrado por su profesión de periodista a todas las sorpresas y ostensiblemente fuerte de espíritu por su vanidad de literato, cultivado con todas las doctrinas y hecho para todos los credos; Fernández Cabrera suele ser un evangélico soñando en Galilea o un "super" rudo y feroz con máscara niezchiana en los solares bismarquinos.

Hojea este libro, debe haber sido para el lector tarea agradable, aun cuando haya tenido la misma impresión que la del que hojea un álbum de instantáneas formadas en un viaje de recreo. Aquí una roca árida, tosca, fría; allá un volcán erguido, majestuoso, coronado de nieve; a un lado, el bosque de tupida maleza con árboles de frondosidad exuberante; más allá, un río serpenteando en cauce pedregoso, y en el horizonte lejano, un buey tranquilo extendido sobre la hierba verdegueante y con los ojos nostálgicos mirando a un cielo de nubes caprichosas con brochazos de púrpura y de oro.

Fernández Cabrera ha descrito así, a bordo del "Esperanza", a los viajeros, mujeres negligentes, hombres desdeñosos, niños llorones, alemanes ventrudos: "Varios núcleos de españoles de América, cetrina la color, barba moruna los cincuentones, bigote en agresiva pun-

ta los pollastros, las damas media majas y media maritornes."

Su arribo al puerto de Progreso, el temporal corrido en el Golfo, su llegada a Veracruz, que tienen la homogeneidad de impresiones de viaje, se rompe en seguida con su capítulo de "Niños militares", que, si es bello como pintura, adolece de ser tendencioso, y por ello, censurable, como ya lo hemos dicho públicamente en epístola dirigida al autor al conocer este fragmento de su obra.

El retrato del señor Carranza, que ya hemos citado, y la biografía del general Obregón, se intercalan en estos apuntes de viaje como las cubiertas, las sólidas carátulas de un libro que encierra y sujeta al agitado rebullir de allá adentro, donde las páginas vibran aisladamente.

Si el extranjero que nos visita cree que este país es un infierno por su sangrienta campaña, por su intensa lucha, por su furiosa guerra civil, debería comprender también que es preciso recorrer todos los círculos y cruzar los límites de la cuarta y última zona del noveno recinto—extremo fondo del Infierno dantesco—para encontrarse en la bendita tierra del Purgatorio. Tres años—del 12 al 15—llevamos transcurridos. Dante y Virgilio hicieron en tres días su viaje; pero cuando pongamos pie en tierra firme con nuestras reformas hechas, con nuestros ideales logrados; cuando una paz de

vida, de armonía, de trabajo, substituya a la paz sepulcral de la dictadura larga; cuando el bullir incongruente de la pelea sea substituído por el rumor abejuno de la labor; cuando substituyamos a los cuartelazos por el respeto a las leyes; entonces se sabrá que hemos defendido, con la causa de México, la causa buena de la humanidad.

Fernández Cabrera nos ha visto luchar y sabe que ni demagogía, ni jacobinismo; ni exaltaciones ni desenfrenos, son programa nuestro; nos ha visto estudiar renovación de códigos y modificamiento de leyes, pero con una alta tendencia civilizadora, con un espíritu de ecuanimidad dentro de las aceleraciones naturales de un pueblo en revolución por ideas.

Topos escritores de fuera, sólo ven los aires trágicos en el tren volado, los muertos del camino, la sangre empurpurando los valles y el incendio devastando sementeras y poblados; ven el aspecto lógicamente salvaje de la guerra, sin observar la historia de la misma, su origen, su motivo, la razón de su permanencia. Buzos que caen al fondo del océano y, enterrados en cieno, no huelen sino la podredumbre de los detritus y la hediondez de las larvas; pero allí mismo hay bellas algas, corales magníficos, ostras perlíferas que dejan inadvertidas y desdeñadas.

¡Salud, joven escritor, amigo de la Verdad, hermano en el ideal! Vibre vuestra trompeta

con la sonoridad de los cantos tirtenses y repita vuestra pluma, una y mil veces, que la Patria se está formando con gestación dificultosa y dolorida tortura de alumbramiento; pero que la Patria llega, que México nace....

Nosotros hemos vivido la película cinematográfica de este libro, admirando unas partes, meditando en otras y sonriendo en muchas; pero siempre con agrado, siempre con interés, siempre con aplauso.

Escriban los cándidos para la Academia Francesa libros de viaje sobre Grecia, que los latinoamericanos tienen la obligación de estudiar y describir los rincones de América, cuyo pasado es menos instructivo y más obscuro; pero que ofrece, sin embargo, en el presente, rico manantial fecundante de no remotas y jugosas cosechas para el progreso humano de las próximas generaciones.

(Epílogo del libro "Mi viaje a México", del escritor cubano M. Fernández Cabrera.)

LA ESCUELA PRIMARIA Y EL MUNICIPIO LIBRE

---

(Editorial.)

## LA ESCUELA PRIMARIA Y EL MUNICIPIO LIBRE.

---

Ha vivido tan desorientado el espíritu público, nos hemos acostumbrado de tan intensa manera a las mentiras, que el estado de perpetuo engaño resulta el normal, y que decir la verdad es la excepción y la anomalía.

En las "Adiciones al Plan de Guadalupe", decretadas el 12 de diciembre, la Revolución fijó su programa y ha causado extrañeza en parte del público, especialmente entre el profesorado, no ver figurar la enseñanza en la lista de reformas propuestas.

Y es que el programa de la Revolución no es una bandera electoral, no es un pretexto de pasajera lucha, sino que entraña cambios radicales en nuestras leyes para adaptarlas a los progresos de la civilización contemporánea y a las necesidades sociales del país.

El Gobierno General no tiene, aparte del Distrito Federal y los Territorios, ninguna función

que desempeñar en la Instrucción Pública, pues en las mismas regiones administradas directamente por las autoridades federales, la enseñanza sólo corresponde al Municipio.

La institución del Municipio autónomo, indicará claramente al pueblo por qué en un programa de reformas generales, la Revolución no habló particularmente de la enseñanza, pero se fijó en la libertad municipal, y cuando se sepa en qué forma quedan reglamentados los Ayuntamientos, se comprenderá que únicamente a ellos podía corresponder el cuidado de la enseñanza pública.

Por un abuso administrativo y un grave error pedagógico, los Estados centralizaron la dirección de la enseñanza, y el error se acentuó cuando estuvo a punto de declararse federal la función de enseñar; políticamente, el propósito era destruir toda autoridad municipal, pero desde el punto de vista educacional, los males ocasionados fueron incalculables y todavía muchos pensadores de buena fe han creído equivocadamente en la eficacia de las escuelas rudimentarias y en la intervención del Gobierno Central en el ramo de la enseñanza pública.

Confiando a los Ayuntamientos la enseñanza primaria, se despierta el interés por el buen estado de las escuelas, y en cada ciudad, villa o pueblo, el espíritu de propia perfección se une al de propia decisión, dejando secundariamente libre juego para las locales diferencias, ya en-

tre unos y otros Estados, ya en el interior de cada uno. No siendo las regiones del país iguales económicamente, sus medios de progreso tienen que ser desiguales, esto sucede en los mismos Estados Unidos de América, de donde un escritor pedagógico ha dicho: "Si existieran las mismas provisiones educacionales para los negros del Sur y los yanquis de New England, para las regiones densamente pobladas del Este y las praderas del Oeste, esas disposiciones serían huecas palabras o tenderían a rebajar la parte del país más altamente educadas, empujándolas hacia el nivel de los más bajos distritos."

Para nadie es secreto la eficiente prosperidad de la cultura norteamericana, una cultura elemental, pero generalizada, y una preparación técnica industrial de bastante elevación.

Todos sabemos que el adelanto de un país consiste en el común esfuerzo de los más y no en la sobresaliente competencia de unos cuantos privilegiados.

La escuela primaria, confiada a la directa vigilancia de los municipales, dejará de ser servidora del favoritismo oficial, porque los propios vecinos tendrán interés en evitar que los maestros sean apáticos y viciosos, puesto que a ellos entregan la educación de sus propios hijos.

La enseñanza tiene mayor éxito, llena con más eficacia su objeto, allí donde la vigilancia es más inmediata, al mismo tiempo que la in-

dependencia del personal es más completa y el trámite administrativo menos complicado y tardío.

Hecha la reforma constitucional que dió libertad a los Municipios, pronto dará a conocerse—así lo esperamos—la ley orgánica que fije sus linderos administrativos y el reglamento que especifique sus directas atribuciones; entonces se verá que, evidentemente, la escuela primaria nunca debió substraerse a la ingerencia de la autoridad municipal, y quedará explicado por qué en el programa revolucionario no se establece, como propósito especial del Poder Ejecutivo Federal, lo que en justicia corresponde al Poder Municipal.

(Artículo de periódico.)

## A PROPOSITO DE "NIÑOS MILITARES"



## A PROPOSITO DE "NIÑOS MILITARES"

---

Veracruz, 6 de enero de 1915.

Sr. D. M. Fernández Cabrera,

Redactor del "Heraldo de Cuba".

Presente.

Inteligente amigo:

Es quizá mi innato espíritu opositor, es sin duda mi afán de controversia el que me rebela contra todos los viejos moldes, las herrumbrosas estereotipías y los clisés usados.

Usted, que es un exquisito en la forma, que dibuja y pule las palabras, perfecciona sus frases y suele esculpir, como en la tersura del mármol de Carrara, el helénico perfil de los conceptos; usted, mi fino amigo, ha envuelto con la túnica sutil del más bello y relumbroso nuevo estilo, la idea más caduca y vieja; es un mérito y pasaría inadvertido lo último para aplaudir lo primero, si no creyese un delito de los hombres de modernos pensamientos, el afirmar

con la invencible fuerza de páginas literarias, erróneas lecciones de pérfida amoralidad.

Su interesante artículo "Niños militares", intercalado en su libro futuro sobre México, es una amenaza de contaminación, es el anuncio de que el virus de viejas prosas va a crecer y fructificar, cada día más lozano y ópimo, en la epidemia de arlequinesco heroísmo con que toda la América Latina ha vivido disfrazando sus flaquezas, sus desfallecimientos y sus vergüenzas colectivas.

Extráñele a usted que, maestro de escuela, y, por azares de la política, "jefe de los maestros", no adopte la utilitaria y relumbrante **pose**, ni la palabra solemne del dómine, ni el omnipotente **magister dixit** del maestro de Samos, que exigía, además de no comer carne ni beber vino, escuchar durante dos años, en religioso silencio, la palabra del profesor, y es que, si hemos de creer a nuestra historia, la penuria intelectual, la debilidad colectiva, se deben a los errores tradicionales; de aquí que un maestro joven debe aspirar a la ruptura de todos los diques, al desbordamiento de las corrientes todas, para que, ahogados por moles enormes de agua limpia los corrompidos detritus, como en las márgenes del Nilo, fecundo aluvión permita el brote de fuertes espigas y nuevo polen de nuevos estambres vuelve a fecundar pistilos nuevos.

El niño que usted toma de modelo, es un ca-

so patológico, es un pobre ser anormal, cuya sola presencia angustia el corazón y excita los nervios de los que no tengan el brutal realismo de Zola, la superioridad nietziana de Saratustra y el hábito del alienista; desgraciadamente, tiene usted derecho de asociar la aislada figurilla mestiza de este enfermo con la deslumbrante comparsa que en las páginas de la historia Latina de América representa el cortejo de la gloria; pero la ficción maravillosa de la lámpara de Aladino fué solamente placer de nuestros abuelos; hoy ya sabemos las fábulas de memoria, hemos aprendido a distinguir cuándo somos oveja y cuándo somos lobo, y no ignoramos que en todos los repartos hay un león, y en otra ocasión he dicho: que todo lo viejo se defiende con lo viejo mismo; pero la idea es flama que incendia fácilmente a los arcaicos castillos legendarios; sólo que, al desmoronarse, todas las sabandijas, los avisperos todos guarecidos en los torreones, en los aleros, en las arquerías, en los muros, surgen en desbandada febricitante y loca, hiriendo implacables a la mano que lleva la mecha; pero que el fuego habrá de cumplir su misión; la Verdad, ardiendo, va a incinerar, va a consumir, va a pulverizar los viejos métodos, las viejas formas, las viejas preocupaciones, los fetichismos irritantes que, a nombre de una patria artificial, se han erigido en obstáculo a la firme marcha de una juventud avasalladora.

Las mentiras crueles que se han incrustado en el alma de la juventud, están sintiendo ya el ardor cauterizante de los criterios inflexibles y serenos.

Yo le pido, a nombre del porvenir de nuestros niños latinoamericanos, exalte en su imaginación la ciencia, la virtud y la belleza, para que busquen sabios a quienes glorificar, virtudes a quienes bendecir, bellezas a quienes amar; para que honren amplia y debidamente a los hombres del surco, del taller, de la biblioteca y de la cátedra. Evite, señor, que continúe nuestra juventud con ojos de nictálope, y de tanto querer ver, no vea nada.

Estas disquisiciones hechas al margen, celebro haber gustado una bella página de usted, que contiene jugosas observaciones, brillante colorido, delicado análisis psicológico y la gracia sin par de una prosa periodística que hace modelos literarios al correr de la pluma sobre el *carnet* de viaje.

Salúdole, ofreciéndome de usted afectísimo amigo y compañero.

(Publicada en la prensa de Veracruz, en 1914.)

## LA ENSEÑANZA MILITAR EN LAS ESCUELAS LATINO-AMERICANAS

---

(Con motivo de la "preparación para la guerra" de los Estados Unidos de América.)

DE LOS CUAKEROS A LOS YANQUIS  
DE MISTER PENN A MISTER WILSON

---

Un grito de advertencia o de alarma despertó la atención política de estos colmenares humanos, cuyo abigarrado y disímil conjunto forma la Unión Americana; fué el grito de: "Hay que hablar castellano." (Aquí dicen **español.**)

Como si tal aviso hubiese sido el resultado de una ley federal, en todo el territorio americano se ha impuesto, como deber escolar, el aprendizaje de la lengua castellana, y este idioma se enseña en las escuelas primarias, preparatorias, industriales y comerciales; además, muchas academias para adultos han establecido cursos de castellano, que son muy concurridos.

Hay que convenir en que tal propósito obedece a un fin preconcebido y bien delineado. Un ingenuo español amigo nuestro, asombrado de la fiebre españolista de New York, me aseguraba que era la consecuencia de un viaje hecho

a España por cierto millonario neoyorquino, quien había traído un cargamento de pinturas, esculturas, panderetas, mantones de manila y alpargatas.

Desgraciadamente, nosotros no podemos pensar lo mismo que nuestro amigo sobre el aprendizaje del castellano por los norteamericanos; y creemos que ésta es una manera de alistarse para la gran conquista comercial, industrial, científica y, si les fuere posible, política, de todos los países latinos de este Continente.

Por eso se habla con entusiasmo de panamericanismo, y con melosa ternura el Tío Sam piensa en una estrecha y cariñosa unión con sus primos los jóvenes Estados de Centro y Sud América.

Coincide la tendencia Panamericana y el aprendizaje del castellano, con la propaganda personal del señor presidente Wilson en pro de la preparación para la guerra.

La prensa de hoy publica la noticia de que al comisión senatorial de relaciones extranjeras en el Congreso de Washington, está en posesión de revelaciones extraordinarias, sobre el proyecto formado por la Alemania, de que, tomando por base de operaciones las Antillas Danesas, iniciará una política contraria a la doctrina Monroe.

Parece que los documentos reunidos por los señores senadores americanos, demuestran: que Alemania ha tratado de establecer una zo-

na de influencia en Nicaragua, comprando cierta extensión territorial sobre la que es posible hacer un canal interoceánico, con derecho al establecimiento de bases navales; que ha tratado con Colombia para obtener la concesión de un canal de esa misma índole con una base naval en Cartagena; que Alemania ha estado procurando una importante influencia en Paraguay y Chile, organizando los ejércitos de esas dos Repúblicas; que ha intentado dominar en Haití, esforzándose en controlar las aduanas, y que, en fin, Alemania ha establecido en la isla danesa de Santo Tomás, la que ha alquilado a Dinamarca, una base militar de gran valor estratégico, en razón, sobre todo, a su proximidad de Puerto Rico y el Canal de Panamá.

Es claro, dicen los señores senadores, que la guerra ha interrumpido los planes germánicos, pero que, hecha la paz, el imperio alemán continuará el desarrollo de sus planes políticos, sin consideración por la doctrina Monroe.

En los Estados Unidos la opinión pública—en su aplastante mayoría—está por la “preparación para la guerra”. En New York se ha formado espontáneamente un batallón de banqueros y altos empleados de las más importantes empresas.

No hay cinematógrafo o teatro en el que falte un número del programa dedicado especialmente a sugerir el engrandecimiento del ejército y de la marina americanos.

Desfilan por todos los escenarios, marcial y airosamente, lindas y esbeltas **girls** en uniforme militar, y después de bailar un movido y sícalíptico **one steep**, la corneta bélica, con toques vibrantes, anuncia la llegada de un moderno Píndaro, que generalmente es un barítono, rasurado y ventruado, quien entona canciones alusivas. Termina el acto con el suntuoso desplegar de la bandera de las barras y las estrellas. El auditorio aplaude con frenesí, y cantos triunfales entonan las gargantas educadas de las mujeres y los hombres de la poderosa Yanquilandia.

Cuando se fundaron en Norteamérica las primitivas colonias de ingleses, quiso la sabiduría de Mister Penn que en Philadelphia—ciudad de hermanos—no hubiese nunca ni pétreos egoísmos, ni envidias rastreras, ni locas pasiones, ni perversas ansias de ventaja o medro, ni espoliación, asesinatos o guerras, y que mansa, tranquilamente, discurriera la vida en brazos de filial amor, donde, todos hijos de Dios, disfrutaran su gracia y amaran su gloria. En Philadelphia, según el sueño de Mister Penn, no habían de conocerse ni jueces ni cárceles.

El señor Wilson, que tiene a ratos singulares semejanzas con los primeros puritanos, pedía no ha mucho al Gobierno alemán que reconociera que sus actos con los buques neutrales, eran **inhumanos**; idea ésta, al parecer, simple y de propósito exteriormente inocuo. Sin em-

bargo, era preciso que algún mandatario de la Tierra recordase a los hombres en lucha, que la humanidad existe, y el señor presidente Wilson—como el tragiriente personaje huguiano—fué el gobernante que tal hizo. Pero, la belleza del Ideal tiene su límite lógico en la frontera del Interés.

El señor presidente ha abandonado **White House** y, mientras los copos de nieve cubren de argentado manto poblados y campiñas, recorre su país aconsejando la inmediata preparación para la guerra.

Ha sido tan eficaz la propaganda del señor Wilson, que al llegar a Chicago renunció a formar parte del Gabinete el señor secretario de la Guerra, Mister Garrison, porque mientras el señor presidente se conformaba con medio millón de soldados, el señor secretario de Guerra y Marina pretende tres veces más y en más corto tiempo.

Entretanto, el señor don Teodoro Roosevelt, gran enemigo de México y de los mexicanos, Roosevelt, que tiene alma de conquistador y locura de dominio, aconseja la formación de un ejército de dos millones de soldados, para cuyo evento ofrece su cooperación personal y la de dos hijos suyos. El imponente ejército de Mister Roosevelt podría servir, según la muy suya opinión, lo mismo para defenderse de pretensiones europeas, que para atarnos las ma-

nos cuando las necesidades de la civilización requieran expansiones territoriales.

La campaña política de preparación para la guerra, es, por consiguiente, grata a todos los partidos políticos de la Unión Americana; en su contra, acaso se deja oír suave y lánguidamente la voz poltrona de uno que otro pedagogo, mascullando la objeción de que este es un pueblo de paz y de trabajo, para el cual la guerra no es beneficiosa, opinión compartida por algunas sufragistas declarando que es inútil la integración de todo ejército, por grande y poderoso que parezca, si la jefatura y dirección del mismo continúa estando en manos de los hombres que no sirven para maldita la cosa.

El viejo proloquio *si vis pacem para bellum*, se ha puesto de moda, y cuando desde los encumbrados filósofos de las universidades de Harvard y Columbia, hasta los choriceros de Chicago, opinan unánimes por la preparación para la guerra, hay que convenir en que ha terminado la era prácticamente comercial para los Estados Unidos, y que este país pretende convertirse en una de las primeras potencias militares del mundo.

Leyendo los últimos discursos del señor Roosevelt, se me ha ocurrido verlo en caricatura, con el tipo de Sancho, pero armado hasta los dientes—sus dientes toscos y glotonos de escudero—con las armas del caballeroso hidalgo, nuevo desfacedor de americanos entuertos.

Los cuákeros son la historia pasada, los yanquis la realidad vívida, y el americano contemporáneo, industrial y soldado, preparándose para el dominio militar, es la amenaza futura y universal.

Convengamos en que el señor Wilson no suele parecerse todos los días a Mister Penn y que de los cuákeros de ayer a los yanquis de hoy, hay la misma distancia que entre el ilustre Jorge Washington, libertador de pueblos, y el honorable don Teodoro Roosevelt, cazador de leones.

Y aquí, una indicación a nuestros lectores, a todos aquellos que conocen nuestras ideas contrarias a todo despotismo militar, y es la de que, así como hemos repudiado la veneración histórica por la tiranía de la soldadesca, aconsejamos ahora, más que nunca, la educación militar en todas las escuelas.

El primer deber de los maestros en el mundo, es trabajar por la desaparición de la guerra; porque la ciencia, en época próxima, acabará con las guerras, como acabó con la esclavitud y la servilidad; pero la guerra no ha acabado todavía, a pesar de que las clases más cultas han luchado contra ella desde la más antigua filosofía.

Los que ambicionemos tener un país libre y miremos con orgullo el derecho a pertenecer a la más noble de las familias humanas, debemos estar siempre preparados para defender la

libertad de la patria, que ella es la única que forma la grandeza, la dignidad y la libertad del hombre.

Vergniaud, decía en la tribuna de la Convención francesa, después de la batalla de Jemmapes: "han perecido muchos hombres, para que temamos que perezcan otros más....."

(Escrito en New York, en febrero 15 de 1916. Para "El Nacional", de México.)

## CUBA Y EL PAN-AMERICANISMO

(Artículo en "El Fígaro" de la Habana.)